

luz de la verdad que comenzaba á brillar para salud de todas las naciones, se propagase mas fácilmente desde la capital á todas las partes del mundo.

¿Había entonces nacion alguna que no tuviera varicos de sus hijos en Roma, ni pueblo alguno que pudiera ignorar lo que Roma habia sabido? Aquí es, pues, donde principalmente era preciso confundir el orgullo de los filósofos; aquí era preciso mostrar la vanidad de la sabiduría humana; aquí era preciso destruir el sacrilego culto de los demonios, hacer cesar sus impíos sacrificios y arruinar la idolatría en el paraje mismo donde la superstición habia congregado los errores de todo el universo.

Vos, ¡oh gran Apóstoll no teméis entrar en esta formidable ciudad; y mientras que vuestro glorioso colega Pablo se ocupa del cuidado de las demás iglesias, venís á esta selva, llena de toda especie de animales feroces; y arrostrais resueltamente nuevos peligros en este profundo océano con mucho mayor valor que marchásteis en otro tiempo sobre las aguas. Ya habíais hecho saber á los judíos fieles la doctrina del Evangelio; habíais fundado la Iglesia de Antioquía, cuna del nombre cristiano; el Ponto, la Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia se hallaban sometidas por vuestros trabajos á las leyes del Evangelio; y ahora sin tener la menor duda acerca del éxito, y sin deteneros en el corto tiempo que os queda que vivir, enarbolais el trofeo de la cruz de Jesucristo sobre la cumbre del Capitolio, donde la divina Providencia, en sus eternos consejos habia dispuesto el teatro de vuestro martirio y el asiento de vuestra dignidad.»

San Gregorio Magno.

Pontífice ilustre, pensador insigne, escritor erudito y lleno de unción divina, San Gregorio es el último de los oradores cristianos que prolongaron el siglo de oro de la elocuencia

cristiana; razon por la cual sus obras son dignas de estudio y de ser imitadas, á pesar de que su estilo se resiente ya del mal gusto que predomina en la edad media.

San Gregorio nació en Roma, segun se cree, el año 540. Hizo sus estudios en las escuelas mas célebres de aquella época, y Justino II le nombró prefecto de la ciudad; cargo que renunció pronto para retirarse al convento de San Andrés, fundacion de su familia, y en el cual vivió algunos años, primero bajo la disciplina del abad Hilarion, y despues bajo la de Maximiano, nombrado mas tarde obispo de Siracusa.

Deseando contribuir á la propagacion de la verdad, pidió al Sumo Pontífice Benedicto I que le permitiese ir á la Gran Bretaña, favor que le fué de buen grado concedido; pero habiéndose amotinado el pueblo por su salida, esta no tuvo lugar bien á pesar suyo.

Viendo el Papa sus progresos en la virtud, le nombró diácono de la Iglesia romana, y poco tiempo despues Pelagio II, sucesor de Benedicto I, le envió de Nuncio Apostólico á Constantinopla, donde supo captarse las simpatías de la corte y la confianza del emperador Mauricio.

Por este tiempo sostuvo varias conferencias con Eutiquio, Patriarca de Constantinopla, al cual venció obligándole á confesar sus errores; conversion que aumentó la fama que habia alcanzado San Gregorio.

De vuelta á Roma, ayudó al Papa en el despacho de los negocios y sostuvo en su nombre una interesante correspondencia, hasta que muerto Pelagio II el año 590, el clero, el senado y el pueblo romano le designaron unánimes para ocupar la cátedra de San Pedro. Resistió tan alta dignidad, se ocultó en los bosques, apeló á otros medios para verse libre de tanta

distincion, y fué por último solemnemente consagrado en el mismo año que acaeció la muerte de su antecesor.

Difícil seria reasumir en unas cuantas páginas los hechos mas memorables del Pontificado de San Gregorio, siendo por otra parte esta tarea agena hasta cierto punto de la índole de este libro. Para llenar con éxito sus deberes imploró los auxilios del cielo, y demostrando un carácter enérgico estendió sus cuidados de un extremo á otro del mundo, no sin echar de menos muchas veces, como escribia á San Leandro, ni poder contener sus lágrimas siempre que recordaba «el puerto feliz en donde se habia refugiado en su juventud y del cual le separaron para gobernar el timon de un buque destrozado y combatido por el huracan.»

A pesar de sus gravísimas atenciones, San Gregorio no dejó nunca, mientras su salud se lo permitia, de enseñar por sí mismo la doctrina al pueblo, que se agolpaba á las puertas del templo y oia con fervor los consejos y las instrucciones del Príncipe de la Iglesia, del sábio, del padre cariñoso, del juez inflexible, del amigo de los pobres, del santo, en fin, cuyas virtudes conocia á pesar de la modestia con que procuraba ocultarlas.

La gloria de Dios y de los santos, la paz de las conciencias, la moralidad de las costumbres, el triunfo y el imperio de la verdad fueron los asuntos principales de todos los discursos que pronunció San Gregorio, de los cuales han llegado hasta nosotros 40 homilias sobre los Evangelios y 22 mas sobre Ezequiel.

Los trabajos y las virtudes de San Gregorio le han hecho acreedor al título de *Grande* con que unánimes le designan todos cuantos han escrito acerca de su vida ó sus escri-

tos (1), pareciendo casi imposible que su actividad pudiera abarcar tantas y tan diversas ocupaciones. Los *Comentarios* morales sobre Job, los *Diálogos*, la *Regla pastoral* y sus *Cartas* serian suficientes para colocarle como escritor eclesiástico á una gran altura, si los títulos de su gloria no fuesen otros muchos y todos ellos de incalculable valor.

Las *Homilias* sobre Ezequiel las predicó San Gregorio el año 592, y ocho despues se recogieron en dos libros: el primero contiene 12 y el segundo 10. El estilo de estos trabajos oratorios es mas bien familiar que elevado; revelan la improvisacion y el carácter del auditorio á que se dirigian. El método es generalmente el mismo: esplicacion literal de la profecia, significado místico y moral, consecuencias que de esto se desprenden, observando el mayor rigor en las citas y la aplicacion mas exacta de los testos del antiguo y nuevo Testamento.

Las *Homilias* sobre los Evangelios las predicó San Gregorio por sí mismo, ó las hizo leer, produciendo tan escelentes resultados y alcanzando tal nombradía, que se sacaron de ellas muchas copias, algunas de las cuales revisó el santo por sí mismo á causa de los cambios que en ellas se habian permitido los copistas, formando una coleccion dividida en dos libros, que sirviese de pauta para todas las demás.

Para dar una ligera idea del estilo de los trabajos oratorios de San Gregorio, vamos á traducir un trozo, en el cual

(1) Entre varias obras que pueden consultarse acerca de San Gregorio citaremos algunas por su mérito y reconocida autoridad:

Gregorii Magni opera, studio mon. ord. Sancti Benedicti. Paris, 1705, 4 tomos.

Vita Sancti Gregorii Magni, por Joanni Diaconi. Seist. du pontificat. de Saint Gregoire le Grand.

Tricalet.—Bibliot. Patrum.

pinta de una manera admirable las calamidades del imperio. Dice así:

«Decídme: ¿qué hay en el mundo que deba retenernos? Por todas partes no vemos otra cosa que llanto y gemidos, ruina y desolacion. Nuestras ciudades han sido destruidas, nuestros campos arrasados, nuestras tierras abandonadas; el imperio no es mas que una vasta soledad; en todas partes reina el silencio de la muerte, y el corto número de personas que le habitan son víctimas de grandes calamidades, que se reproducen sin cesar. Ya no existen mas que los restos del género humano. Los azotes de la cólera celestial no tienen número, porque tampoco le tienen los crímenes que la han provocado.

Vemos á unos arrastrando cadenas, á otros mutilados, á muchos sufriendo dolores... ¿Qué hay, pues, en el mundo que merezca detenernos en él? Continuar amando este mundo no es amar sus placeres, sino sus calamidades. ¿Qué es en el día esa Roma, en otro tiempo señora del universo? Sucumbe bajo el peso de las tribulaciones que la oprimen; abandonada por sus conciudadanos, insultada por sus enemigos, solo es un monton de ruinas. ¿Qué ha sido de su Senado? ¿Qué se ha hecho de su pueblo? ¿Y qué diré de los hombres, cuando ya no existen sus mismos edificios, y cuando inútilmente buscaríamos sus murallas? ¿Dónde están los que se enorgullecian con su gloria? Sus estrepitosos juegos, sus brillantes espectáculos, todo ha desaparecido. Ya no hay cortesanos que vengan á Roma para hallar fortuna, ni jóvenes que afluayan á su recinto para disputarse los goces del lujo y de la molicie, ni opresores que puedan saciarse en la sangre de las víctimas.

A pesar de todo, ciudad alguna ha tenido mejor suerte que Roma: todas se hallan ó destruidas por las armas, ó devoradas por el hambre, ó sumergidas por los temblores de tierra.... Puesto que el mundo se desploma por todas partes, salgamos, salgamos apresuradamente de su recinto.»

Así hablaba el santo obispo al pueblo en el instante en que la ciudad de Roma, estrechada por el ejército de los Lombardos, se hallaba sumida en grandes calamidades:

«No os reunais mas para oirme, continuaba; mi corazon se halla traspasado de dolor. No vemos alrededor nuestro mas que el cuchillo y la muerte. Nuestros ciudadanos son arrancados por la matanza ó por la esclavitud, y los que regresan á Roma, solo traen los infelices restos de sus cuerpos mutilados por el acero enemigo.

Nó, no os volveré á hablar; mi voz se apaga y únicamente puedo exhalar suspiros; mis ojos están cubiertos de lágrimas y mi alma parece próxima á salirse del pecho traspasado de dolor....»

El mismo que de esta manera se impresionaba á la vista de las calamidades públicas, tuvo energía suficiente para librar á Roma de gran parte de los males que la amenazaban; la ciudad orgullosa debió entonces á un Pontifice su salvacion, y el pontificado ha conservado despues el privilegio de su grandeza eligiéndola para centro de toda la cristiandad.

San Gregorio murió el año 604.

La mejor edicion de sus obras es la Maurina, hecha en París en 1705.

— 466 —

CONCLUSION.

Hemos llegado al término que nos habíamos propuesto; hemos encerrado en este primer libro de nuestra obra el período mas grande de la Elocuencia cristiana; y antes de pasar á la edad media, antes de referir minuciosamente el estado de la oratoria sagrada en España durante la dominacion romana, que nos hubiera distraído algun tanto de nuestros propósitos y alterado el plan que de antemano nos habíamos trazado, debemos decir dos palabras que sirvan como de *epílogo* á lo que constituye la materia desenvuelta en las páginas anteriores, la mas difícil sin duda, y en la cual, sin la voluntad decidida de prestar un servicio á la juventud, quizá no hubiéramos podido dar un solo paso.

Jesucristo, modelo divino; los Apóstoles, los Apologistas, los Santos Padres, en fin, han sido hasta aquí el tema de nuestros estudios: sus palabras sublimes, sus pensamientos profundos, sus doctrinas, sus consejos, se hallan esparcidos entre las noticias mas curiosas de su vida, entre los detalles mas interesantes para formar idea de su carácter, de sus grandes virtu-

des, de su autoridad y su prestigio: para su mayor gloria y engrandecimiento, hemos procurado tejer una corona, en la cual, de nuestra parte, no hay mas que la buena voluntad y el deseo de acertar á colocar de un modo oportuno las muchas y bellisimas flores que la componen.

Fáltanos, sin embargo, reasumir en unas cuantas *observaciones* lo que de nuestros estudios anteriores se deduce, siquiera sea para que sirvan de solaz á esos espíritus frívolos que no leen de un libro, para criticarle, mas que la primera y la última página.

En esta tarea nos han precedido escritores ilustres, á quienes vamos á seguir fielmente para quitar todo pretesto á la crítica, evitando al mismo tiempo que por falta de autoridad se rechacen nuestras mas profundas y arraigadas convicciones.

Hemos, antes de ahora, defendido á los Apóstoles de las censuras injustas que se han hecho de su elocuencia; ¿tendremos necesidad de proceder del mismo modo para sostener que los Santos Padres, como intérpretes de la doctrina de Jesucristo, son la viva luz que iluminar debe á la humanidad en su camino de progreso y de perfeccion?

Desgraciadamente la impiedad, el orgullo, la ambicion, ha cegado en todos tiempos á hombres de gran talento, y no han faltado detractores miserables de esas grandes figuras, de que hemos hablado en la mayor parte de los capítulos de este libro. Se han fijado en el estilo, en la forma de sus trabajos oratorios, y en este terreno la mejor defensa está en sus trabajos mismos, en los trozos que de cada uno de ellos hemos traducido fielmente, y á los cuales remitimos á los que, procediendo de buena fé, si esto es posible, les han tachado de falta de método, de gusto y claridad.

Otras censuras merecen en este momento nuestra atención, y en ellas debíamos fijarnos principalmente.

Se ha negado á los Santos Padres sabiduría, convicciones profundas, virtud suficiente, autoridad bastante, inspiracion divina.... y esto es infuero, y esto no debia pasar para nosotros desapercibido y sin una detenida contestacion: repetimos que no vamos á darla nosotros; seria esponernos á comprometer el éxito de la verdad, por mas que esta brille radiante en el corazón de los hombres honrados y en la inteligencia de las almas superiores.

¡Qué placer, dice La Bruyere, amar la Religion y verla creida, defendida y esplicada por talentos tan sublimes, por hombres de virtud aerisolada, de ingenio y sabiduría incalculables!—¿Cómo es posible, añade Frayssinous, no sentirse lleno de admiracion y de respeto ante esos ilustres personajes, varones tan graves, tan reflexivos, tan virtuosos y tan incapaces de precipitacion en sus juicios como de hipocresia en su conducta? ¿Se dirá, acaso, que la fé era en ellos producto de la ignorancia? Cabalmente eran hombres muy ilustrados y muy sábios. ¿Se dirá que creyeron sin exámen? Habian, por el contrario, profundizado la religion en tales términos, que muchos dejaron doctisimas apologías, y concedores de todas las objeciones de sus enemigos, las presentan sin disfraz, trayéndolas á la discusion con tan buena fé, que nada disimulan, hasta el punto que solo por ellos conocemos las acusaciones que lanzaron contra el cristianismo los judios ó los filósofos paganos, tales como Celso, Porfirio, Juliano y Heroeles. ¿Se dirá que escribian por preocupacion de linaje? Muchos de ellos habian sido criados y educados en el paganismo, como sucedia á San Cle-

mente de Alejandria, Tertuliano, San Cipriano, Arnobio, Lactancio y Minucio Félix. San Agustin ¿no rindió culto á todos los errores y á todos los placeres antes de declararse partidario y defensor de la verdad? ¿Se dirá que eran guiados por interés y por ambicion? ¿Qué interés habia en los tres primeros siglos de la Iglesia, en abrazar una religion que únicamente proporcionaba el odio, la animadversion y el martirio? ¿Qué ambicion pudieron tener esos hombres, que huian de las dignidades eclesiásticas con mayor anhelo que la ambicion las busca; que las aceptaban temblando para dedicarse á todas las virtudes y á todas las tareas del apostolado; que vivian en la sencillez y en la pobreza de los desiertos, como San Basilio, Gregorio Nacianceno, el Crisóstomo y otros tantos que ocuparon las primeras sillas, situadas en las mas florecientes ciudades del imperio romano? ¿Se dirá, en fin, que la fé que profesaban esteriormente no era la de sus corazones? Solo se cree en el Evangelio cuando se le practica en lo que tiene de puro y santo; solo se ama la religion cuando se padece y sufre por ella resignado: San Ireneo, San Justino y San Cipriano, fueron mártires de su fé; San Atanasio fué por ella desterrado cinco veces; San Juan Crisóstomo murió en el destierro; San Ambrosio fué el blanco de la persecucion de los Arrianos y de la emperatriz Justina, que los protegía: ¿dónde se hallará una vida mas inocente y mas pura que la de San Basilio y San Gregorio Nacianceno? Inútiles serian mas estensos pormenores acerca de la sinceridad de la creencia de los Padres de la Iglesia, cuando es sabido que su fé era efecto de una conviccion profundísima, reflexiva é ilustrada, pareciendo injusticia inconcebible el no hacer aprecio alguno del peso de su autoridad y de su nombre.

Quizá podrian decirnos, continúa el autor antes citado, que